



BUENOS AIRES

JUAN SASTURAIN FALTA PALMIERI



**Buenos aires
de lectura**



Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Secretaria de Educación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

**Directora del Plan Nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

Coordinación Plan Lectura Región 2:

Alicia Dieguez

E-mail: lecturadieguez@googlemail.com

Gobernador de la Prov. de Buenos Aires

Sr. Daniel Scioli

Director General de Cultura y Educación

Prof. Mario Oporto

Subsecretario de Educación

Lic. Daniel Belinche

Subsecretario Administrativo

Sr. Gustavo Corradini

Vicepresidente del Consejo General

Prof. Daniel Lauría

**Directora Provincial
de Educación Superior**

Lic. María Verónica Piovani

Directora de Capacitación

Lic. Alejandra Paz

**Coordinadores del Programa Provincial
de lectura en la escuela**

Doc. Miguel Dalmaroni

dalmaroni@gmail.com

Prof. Ángela Pradelli

cplaescuelaleemas@ed.gba.gov.ar

“Falta Palmieri” de Juan Sasturain

En *La mujer ducha*, Random House-Mondadori (Sudamericana)

© Juan Sasturain

© Random House-Mondadori (Sudamericana)

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2009

Colección: Buenos aires de lectura

Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Plan Lectura 2009

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075/1127

consultas-planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2009

FALTA PALMIERI

JUAN SASTURAIN

Sepa el pueblo votar
Roque Sáenz Peña

El agregado comercial es un hombre joven y preferiría escuchar cualquier otra cosa esta tarde, pero al secretario del embajador le gusta Rivero con guitarras. Y cuanto más lunfardo mejor:

–Escuche Ramos lo que es eso, olvídense del sonido sucio. Esa letra:y en la lona de los giles, me tendió en el cuarto round –canta Beltrame. El secretario de voz finita entona sobre los graves del cantor.

El agregado no dice nada. Se levanta despacio del otro sillón de caña, coloca la novela de Soriano abierta y boca abajo a un costado, deja al secretario solo y tendido en la lona y camina hasta la ventana. Las guitarras que puntean y subrayan las amarguras tangueras de *Barajando* acompañan a sus espaldas mientras afuera no comienza o no termina de atardecer sobre el raleado jardín y las palmeras excesivas. En la avenida de asfalto roto con canteros de tierra roja, los taxis verdes y negros brillan como escarabajos bajo la lluvia.

–Siempre me da la impresión de que los guitarristas de Gardel tocan bajo el agua –dice Ramos–. Parecen metidos adentro de una pileta llena, por ese ruido metálico, distorsionado que hacen las guitarras: *tingui-ting, ting-tingui, tingui-ting*.

–Pero estas no... –corrige el secretario.

–Ya sé que no canta Gardel, Beltrame. En estos meses

me ha hecho escuchar más tango que en el resto de mi vida. Pero estas violas también suenan así...

–No. Esta grabación de Rivero no es acústica. Por la fecha; es del sesenta y pico.

–Estas también hacen *tingui tingui* –se obstina el agregado–. Debe ser por este puto clima...

El exabrupto no es común en el trato entre ambos y confirma que es un día muy especial, un domingo raro en que la embajada está abierta y escuchan música alemana. Cierta mínima sensación del pudor les impide estar tomando mate pero a esa altura casi han desagotado una preciosa botella de Legui aportada por uno de los primeros votantes.

–Ya está lloviendo otra vez –agrega Ramos, tapa la puteada anterior con un parchecito convencional–. Creo que no me voy a acostumbrar nunca.

–Yo decía lo mismo hace cuatro años –dice el secretario, interesado de repente–. Y seguro que me costó más que a usted, porque mi destino anterior fue Luxemburgo, que es otro mundo en serio. En cambio, esta humedad es como la de Buenos Aires. Como si fuera Buenos Aires.

Y el agregado siente que el otro lo descalifica: son años de servicio exterior, una ristra de países; él en cambio es un recién llegado al club.

–La verdad, una de las razones por las que quiero que pierdan hoy es que seguro nos van a mandar de vuelta. Si no, renuncio igual –exagera Ramos–. Me voy.

Hace solo ocho meses que está en la isla y se supone que debería hacer negocios, firmar acuerdos comerciales, vender zapatos y camperas de cuero, pero ya ha comprobado que –como dice en sus cartas a casa– “estos morochos son marcianos que prefieren andar en patas y solo conocen el frío por las películas”. Sin embargo, según el embajador, para superar esos detalles se supone

que ha estudiado Comercio Exterior en la mejor privada.

En realidad, para Ramos, desde que llegó el único comercio exterior efectivo han sido tres oscuras excusiones a un burdel de la isleta de enfrente, la misma que se apoya verde en la repisa del horizonte borronado por la lluvia, cortado por la bandera que pende del mástil frente a la ventana.

La memoria de aquellas transacciones acordadas por señas universales acaso no sea del todo grata porque el agregado se aparta de la ventana y dice:

–Con todo respeto, Beltrame: no le parece que tenemos una bandera bastante boluda.

–Es cierto –concede imprevistamente el secretario–. Y es una cosa que uno siente de pibe. En la escuela, cuando mirábamos el cuadro de las banderas de América para el 12 de Octubre no decíamos nada pero nos parecía la más aburrida de todas.

–Con ese celestito maricón. Ni siquiera el sol es algo original. Un país de mierda como este tiene una mucho más vistosa: tiene rojo, amarillo, verde, dibujitos...

–Que no lo escuche el embajador.

–No hay peligro. Está viendo el rugby: Argentina-Francia en el Mundial.

El agregado mira el reloj:

–¿Qué hora es ahora en Buenos Aires?

Debería saberlo y tal vez lo sabe pero no le gusta hacer la cuenta. Al secretario sí, porque él es quien se comunica regularmente.

–Tenemos diez horas de diferencia.

Ramos nunca sabe si es a favor o en contra, más tarde o más temprano, sin embargo se larga a afirmar porque está harto de la espera.

–Quiere decir que allá ya se acabó todo –dice como

si mirara una estrella demasiado lejana-. Levantemos y listo.

-Hay que esperar. Media hora más. Después abrimos, hacemos el acta, firmamos y mandamos un e-mail con todo.

-Es tan ridículo. Estamos acá como unos pelotudos custodiando un cajoncito como si fuera un velorio.

-¿Y a quién estamos enterrando hoy?

El agregado señala con un cabezazo el retrato del Presidente que gobierna ortodoxamente la sala desde detrás del escritorio.

-¿Les parece? Este no se va a morir nunca -dice el embajador desde la puerta de la otra sala-. Ya van a ver.

Con un gesto mínimo, un toquecito apenas al equipo, Beltrame reduce los poderosos versos de *Audacia* por Rivero a un susurro.

-Terminó el primer tiempo -anuncia el embajador y deja pasar a la colorida pero calladísima Tanya-. Es en diferido; todo es en diferido acá.

Y se ríe. No se puede saber si el gordo está contento por el resultado del partido, por las elecciones o porque está fuera de horario y de programa con la única mujer que trabaja en la embajada.

Ramos tiene que admitir que Tanya está muy buena, dentro del estilo de las mujeres del lugar. Las mujeres son un problema. El embajador está separado, su mujer se volvió con los hijos chicos el año pasado, Ramos es soltero, Beltrame también: "Un troló melancólico" sospecha y escribe el agregado en sus quejas cartas a Buenos Aires.

-¿Quién falta? -dice ahora el embajador consultando el padroncito de argentinos residentes que se han enco-lumnado para cumplir deberes cívicos tan lejos de casa y sin necesidad.

-Hace más de una hora que votó el último -dice el

agregado comercial desde la ventana y dispuesto a irse ya.

-Sí, pero falta Palmieri -dice el secretario.

-¿Qué Palmieri?

-Palmieri, Imperio. Clase 1928 -y Beltrame señala casi al final de la lista, junto al número de documento cómicamente bajo.

-¿Quién es este viejo?

El embajador tira la pregunta con fastidio. Cree o debe creer que conoce a todos los argentinos diseminados por la isla.

-No es de la capital; es de un lugar del interior, de la selva -asegura Tanya.

Asomada sobre el hombro del secretario, señala el domicilio, uno de esos largos nombres locales impronunciados que ella pronuncia y que no dicen nada a los demás.

-Comerciante no es -se cubre el agregado.

-Bueno... Sea quien sea no va a venir ya -dice el gordo mirando la hora-. Dejémoslo ahí. Contamos los votos, hacemos el acta y usted se queda a enviar el e-mail, Beltrame...

-Esperen... -interrumpe Ramos siempre en la ventana-. Me parece que ahí viene Palmieri.

El vehículo, un viejo jeep con todas las lonas desplegadas y las ruedas cubiertas de barro se detiene en la puerta de la embajada. No llueve ya, pero el atardecer es un hecho y no se ven los rostros con claridad desde la ventana. Sin embargo, el agregado ve que el chofer que da la vuelta al jeep es un hombre joven y que la monja a la que ayuda a bajar es una especie de Madre Teresa algo encorvada pero ágil, de hábito blanco, bastón vigoroso y botas de goma amarillas desproporcionadamente grandes para su tamaño.

Dos minutos después, acompañada por el chofer y

con las botas en la mano, la monja está adentro.

–Vengo a votar. Espero que no sea demasiado tarde –dice en un argentino raro, viejo, contaminado de inflexiones–. ¿Puedo pasar?

–Pase, hermana. ¿Cómo es su nombre?

–Eva me puse cuando entré a la orden. Soy la Madre Eva ahora, desde hace muchos años... –le apunta al gordo y no le erra–. Señor embajador...

–Sí.

–No quiero ensuciar el piso con las botas una vez que estoy en mi tierra... ¿Tenés un diario o algo? –dice volviéndose a la mujer.

Tanya le alcanza un periódico local y un ejemplar viejo de La Nación. La monja pone las botas encima y se queda mirando el diario.

–El camino desde la misión está muy malo en algunas partes –dice excusándose–. Aunque ha mejorado mucho con el afirmado. Hace cincuenta años no había nada en este país; ni caminos, ni agua potable ni nada. Yo le decía a Bamboli –y le toca la camisa al muchacho que la acompaña– que en la Argentina nunca llueve así. Al menos en Mendoza de donde soy yo. Pero qué puede entender él, esto es lo único que conoce, solo le queda imaginárselo.

–Claro.

Están todos a su alrededor. Nadie hace nada. Hasta que el secretario se anima:

–Bueno: viene a votar.

–Por primera vez.

Hay sonrisas. Por alguna estúpida razón esa vieja monja provoca cierta actitud condescendiente, como si fuera un chico.

–Es la primera vez que voy a votar porque antes no nos dejaban y casi seguro que va a ser la última, porque tengo algo acá –y se señala el corazón– que no creo que

me deje llegar muy lejos.

–No diga eso. Venga, siéntese. Usted se llama...

–Imperio Palmieri.

La monja se sienta frente al escritorio y saca una vieja libreta cívica que el secretario hojea con cuidado.

–No es un nombre común.

–Mi madre me puso Imperio por una cantante muy buena que vivió muchos años en España: Imperio Argentina.

–¿Y lo de Madre Eva?

–Lo de Eva lo elegí yo misma. No por la Eva de la Biblia, claro que no, Dios me libre y guarde. Fue por Evita, que era tan buena. Usted sabe, ella les dio el voto a las mujeres. Y fíjese lo que son las cosas: si no se hubiera muerto tan joven y yo no me hubiera hecho monja por cosas que me pasaron cuando tenía dieciocho años, la hubiera votado, pobrecita...

El secretario está a punto de interrumpirla, de decirle que no se pueden hacer comentarios políticos en esas circunstancias pero Imperio Palmieri está más allá de toda sospecha o voluntad de trasgresión.

–Hace más de cincuenta años que estoy en la misión –dice ahora–. Primero el Señor me quiso en la India, y después acá. Hay mucho que hacer. Siempre hay mucho que hacer.

–Claro–. El secretario le da el sobre con una sonrisa forzada y le indica el camino–. Ahí, en la otra habitación, están todas las boletas.

Entonces la Madre Eva, sobre en mano por primera vez, vacila:

–¿Quiénes? ¿Quiénes son?

–¿Quiénes son quiénes?

–Los candidatos, los que hay que elegir –y recupera La Nación que en sus manos arrugadas es repentinamente

nueva, inédita, valiosa— ¿Están acá, se pueden conocer? Para verlos una vez al menos, cómo son. Un ratito.

—Seguro que están —dice el secretario.

El agregado comercial no sabe si reírse o qué. Pero el embajador le hace un gesto con el mentón y primero con timidez y después con absoluta vergüenza se sienta junto a Imperio Palmieri, la Madre Eva, a analizar los candidatos contra reloj.

—¿Este qué tal es? —y señala a uno subido a un palco lleno de gente.

Mientras comienza a explicar en voz baja, Ramos oye la respiración regular, siente la concentración de la vieja monja, ve de reojo el ceño perplejo del joven Bamboli, asomado, y se siente repentinamente muy bien y enseguida muy mal.

Diez minutos después, Imperio Palmieri ha votado y el embajador firma con cuidado su libreta cívica vieja y virgen. La monja les da un beso a cada uno, les acaricia la cara y sale con las botas puestas a la noche precozmente estrellada.

Finalmente abren la urna y hay empate entre los dos mayoritarios. En el acta consignan, además, tres votos en blanco y uno nulo. Ha quedado todo disperso sobre la mesa.

—Vuelvan a meter todo en la urna y mande un e-mail con el acta, Beltrame —dice el embajador—. Me voy a ver el segundo tiempo de Los Pumas.

Antes de irse con él, Tanya abre el sobre impugnado y se lleva la estampita.

JUAN SASTURAIN

Vive y trabaja en Buenos Aires. Es profesor de Literatura egresado de la UBA. Escribe ficciones, poesía y ensayos. Entre 1985 y 1989 publicó tres novelas policiales protagonizadas por el veterano detective Etchenike: *Manual de perdedores I y II* y *Arena en los zapatos*. En el 2008 aparece *Pagaría por no verte*, relato en el que regresa el detective.

A principios de los noventa vivió en Barcelona y de esa época son las novelas *Parecido S.A.* y *Los dedos de Walt Disney*. Al regreso, la novela *Los sentidos del agua* (1992) apareció en Buenos Aires. Posteriormente reunió sus cuentos en *Zenitram* (1996) y *La mujer ducha* (2001). Sus más recientes novelas son *Brooklyn & Medio* -para el público juvenil- y *La lucha continúa* (2002). Su último libro es *Los galochas, esa gente exagerada*, ilustrado por Liniers y editado en el 2007 por Sudamericana.

Especializado en géneros y literaturas marginales -fue responsable de las revistas *Superhum(R)* y *Fierro*, entre otras- ha escrito ensayos sobre historieta y humor gráfico -*El domicilio de la aventura* (1995) y *Buscados vivos* (2003)- y sobre el mundo del fútbol: *El día del arquero* (1985), *Wing de metegol* (2004), *La patria transpirada y los cuentos de Picado grueso* (2006). Además, reunió su poesía por primera vez en *Carta al Sargento Kirk y otros poemas de ocasión* (2005).

Con el cuento "Con tinta sangre" ganó en 1990 el premio de la Semana Negra de Gijón. Sus novelas policiales se publican en la Serie Noire de Gallimard y la serie de historietas Perramus -saga de cuatro volúmenes con guión suyo y dibujada por Alberto Breccia a lo largo de los ochenta- Premio Amnesty Internacional 1988. En el 2006, publicó por primera vez en castellano la entrega final de la serie: *Perramus. Diente por diente*.

Periodista desde 1971, hace más de diez años que Sasturain es editor en el diario *Página /12* de Buenos Aires, donde ha comenzado la segunda época de la revista *Fierro*. Conduce, por Telefé, el programa *Ver para leer*, ya en su segunda temporada.

¿QUERÉS SABER MÁS DE ESTE AUTOR?

portal.educ.ar/noticias/entrevistas/juan-sasturain-ver-para-leer-1.php

www.educared.org.ar/biblioteca/guiadeletras/?cat=395



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

Buenos Aires LA PROVINCIA

Dirección General de
Cultura y Educación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

